

ROSA DE LOS VIENTOS

HÉCTOR ÑAUPARI

ROSA DE LOS VIENTOS

Lima, 2006

ROSA DE LOS VIENTOS
Lima, julio de 2006

© Héctor Ñaupari

© Códice ediciones S.A.C. Ediciones el Santo Oficio
Galicia 190, Santiago de Surco. Telf.: 273-2055
guilceb@hotmail.com

DISEÑO DE LA CARÁTULA:
Guillermo Cebrián

Hecho el depósito legal:
XXXXXXXXXX

ISBN:
XXXXXXX

Impreso en el Perú

HÉCTOR ÑAUPARI (1972)

El autor es poeta, ensayista y abogado graduado en la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Tiene estudios de Maestría en Derecho en la mención de Derecho Civil y Comercial de la UNMSM, fue Catedrático en su Facultad de Derecho en 1998. Ha obtenido el Diploma de Estudios Superiores y es candidato a Doctor en Derecho por la Universidad de Salamanca, España. Es Presidente del Instituto de Estudios de la Acción Humana (www.ieah.org) y Vicepresidente de la Red Liberal de América Latina, RELIAL (www.reliat.org). Ha sido conferencista visitante de la prestigiosa Universidad Francisco Marroquín de Guatemala, y fue Catedrático de dicha casa de estudios en el segundo semestre del 2001. Ese mismo año resultó ganador del Premio Académico Internacional de Ensayo Charles S. Stillman, Guatemala, y obtuvo el tercer lugar en el Concurso de Poesía On-Line para Jóvenes Universitarios de la Universidad Castilla-La Mancha, España.

Héctor Ñaupari es autor del libro de poemas *En los sótanos del crepúsculo* (Ediciones UNMSM, Lima, 1999), coautor de *Poemas sin límites de velocidad, antología poética 1990–2002* (Lord Byron Ediciones, Lima, 2002) y autor del libro de ensayos *Páginas libertarias* (Ediciones Zignos–Altazor, Lima, 2004). Poemas suyos fueron publicados en importantes antologías poéticas nacionales e internacionales, como *Salamanca, azul y oro* (Fundación Caja Duero, Salamanca, España, 2001); *Diez escritores peruanos contemporáneos según ellos mismos* (México, D.F., 2002); *Roda mundo, roda gigante–antología internacional 2004* (Editorial Ottoni, Sorocaba, Brasil, 2004); *Encuentro de escritores nuevos* (Universidad Científica del Sur Ediciones, Lima, Perú, 2004); y, *Los diez, antología de la nueva poesía peruana* (Ediciones el Santo Oficio, Lima, Perú, 2005). *Rosa de los vientos* es su segundo libro de poemas.

ÑAUPARI: POESÍA EN DOBLE LLAMA

1

Visto desde ahora –un tiempo trágico y demasiado politizado– puede parecer extraño el hecho de que poesía y erotismo hayan estado íntimamente ligados prácticamente desde los inicios de la cultura, tanto en Oriente como en Occidente.

Basta recurrir a la *Biblia*, cuyo *Cantar de los Cantares* ha sido visto por muchos estudiosos como el *summum* de la poesía erótica, o remontarse a la poeta griega Safo de Lesbos, cuyos versos que seducen y ensalzan el amor homosexual y el ansia por el cuerpo amado todavía permanecen como hitos dentro de la poesía erótica:

*«Se oprime en mi pecho el corazón
de solo mirarte, ni mi voz encuentra
salida desde el fondo de mi cuello,
y calla mi lengua quebrada.*

*Raudo fluye todo, fuego sutil
de mi cuerpo: mis ojos desbocados
sin rumbo vagan, mis oídos
truenan en horrisono zumbido.*

*De sudor gélido me cubro toda:
como marchita hierba reseca quedo,
y ya sin fuerzas, sin aliento,
yazgo como muerta en el lecho».*

En Oriente la cosa no fue para nada distinta. La poesía erótica ha sido cultivada desde muy antiguo en Arabia, Persia y la India (ya no hablemos de China) y de hecho ha influenciado tanto nuestra concepción del amor como los símbolos con que señalamos al amado o amada.

Con algunos momentos de distensión semejantes a aquellos de la sesión amorosa, la presencia del erotismo ha permanecido y trascendido tiempos y guerras, para llegar a un punto laxo, de quiebre, en nuestros tiempos.

En su clásico ensayo *La llama doble*¹, Paz desarrolla dos figuras claves del erotismo occidental: el religioso solitario y el libertino. Escuchemos: «emblemas opuestos pero unidos en el mismo movimiento: ambos niegan a la reproducción y son tentativas de salvación o de liberación personal frente a un mundo caído, perverso, incoherente o irreal».

En Oriente, por ejemplo, hay casos en que libertinaje y ascetismo están imbricados en un mismo texto, y aparecen como indesligables y no contradictorios como podría parecer *prima face*.

Un ejemplo de ello es el *Gita Govinda*, poema escrito en lengua sánscrita por el poeta Jayaveda, donde se ensalzan los amoríos del dios Krsna con Radha, una pastora de vacas. Allí el sentido religioso es inseparable del sentido erótico, y hasta diríamos que ambos se apoyan mutuamente: son dos aspectos de una misma realidad consubstancial y compleja.

Prosigue Paz: «En la figura opuesta, la del libertino, no hay unión entre religión y erotismo; al contrario, hay oposición neta y clara: el libertino afirma el placer como único fin frente a cualquier otro valor.» Su mundo es el del «sacrilegio, la blasfemia y la profanación», en general, el de la negación de lo trascendente.

Pero hay en esa negación una afirmación implícita: hay que creer mucho en la existencia de Dios para enfrentarse a él pecho abierto, como lo hicieran Sade y Baudelaire. Como afirma Paz: «podría decirse también que el libertinaje es una religión al revés»².

Ahora bien, el devenir de la poesía occidental, desde la Edad Media de los Goliardos y el amor cortés hasta las postrimerías del siglo veinte –

¹ Paz, Octavio. *La llama doble, amor y erotismo*. Seix Barral, 1993.

² Op. Cit. pp. 22–24.

con un desconocido intermedio de poesía «pornográfica» en pleno Siglo de las Luces— se ha circunscrito casi exclusivamente a la poesía erótica liberal (llamémosla así para evitar la semántica negativa del término «libertino»).

En ella el canto a la amada o al amado desde una perspectiva sexual y hasta procaz se impuso a medida que la sociedad moderna fue abandonando esos principios y valores que el asceta afirma con su práctica y que el libertino niega con la suya. Es por ello, en parte, que en estos tiempos no hay santos ni sabios religiosos visibles³. La poesía del fundador de Neón, Héctor Ñaupari, se inscribe sin ambages en la perspectiva del poeta liberal.

2

El tema erótico clásico en poesía, no es más que un movimiento de variaciones y hallazgos parciales. El encuentro de dos cuerpos cuando se aman, las formas que estos adquieren, las sensaciones que los amantes tienen y los elementos utilizados para metaforizar el encuentro han sido fijados en nuestra cultura desde muy antiguo, e incluso se han incorporado a las respectivas lenguas occidentales.

Ñaupari parece consciente de estos parámetros. Ha elegido la rosa de los vientos como un símbolo señero de su amada y la ha comparado con provecho en versos que citaré sin desgano:

*«Soy en ti apenas un vahído, un rayo de sol que intenta tímidamente
derretirte,*

y transformarte en agua lívida,

³ No me referiré, por un último resabio de respeto, al Dalai Lama y sus conferencias pagadas.

amor

líquido ávido que se agita desde las montañas

y no cede, sino que cae y cae y cae

*hasta llegar al río cuyo cauce soy yo una vez más cariño mío
y en mi furia que te azota y te ahoga
te abandonas,*

*apenas arropada por los gemidos que corren desde tu boca hacia la mía
como cuando estamos en el amor*

y en el amor somos otra vez uno,

*uno como el sol que se hace del mar elevando su temperatura para crear las
nubes,*

esas nubes eres tú, a veces cúmulos y a veces cirros

y yo soy el cielo libre azul que trémulo te sostiene siempre

como ahora te sostengo al borde de la cama

y elevo tus piernas para poseerte

lamo tus rodillas tu entrepierna tus muslos

aprieto suavemente los tendones de tus pies

y tú te electrizas, eres una lluvia con relámpagos que cae sobre mi cuerpo

y yo soy la tierra fértil amor mío

*crecen la hierba y los árboles y los pájaros y los gatos salvajes que te ven con
ojos lánguidos caer, caer, caer,*

*caes como una muñeca de porcelana entre las sábanas de la niña que eres tú
una vez más, amor,*

caes como tus propios pechos sobre el mío,

tus piernas devorando mis pulmones

te amo tanto cuando quieres absorberme totalmente...».

Versos inflamados, sinceros, versos que se atienen a una tradición de lírica amorosa y sensual prístina, pero que sin embargo se dan espacio para un aporte singular y como oculto: el poeta–amante se compara con la tierra fértil, mientras que la amada es la lluvia que fecundará esa tierra.

Maravillosa inversión de los papeles tradicionales que nos avisa de una posición ideológica abierta y sana a favor de una valorización de la mujer distinta al machismo predominante (y a su versión intelectual, travestida y equívoca, encarnada en cierto feminismo rabioso y «ferial»).

Ñaupari ha intentado con este libro algo que durante los dos últimos decenios pocos han imaginado siquiera: elaborar íntegramente un poemario erótico, congruente y medido, tanto en las figuras literarias utilizadas –cuyo exceso «gozamos» en su primer libro– como en el planteamiento y radio de acción de cada uno de los poemas.

(Como sabemos, la poesía peruana desde los años sesenta, por la influencia de Eliot y Pound, terminó de abandonar la temática amoroso–erótica para asumir asuntos supuestamente más profundos –el tiempo, la existencia, lo social).

Los poemas simulan eslabones de una cadena que nos lleva desde el placer intelectual del cuerpo amado hasta el desbocamiento sofrenado de las sensaciones, las emociones íntimas y el «buen amor», en versos nítidamente apreciables:

«Nuestro buen amor

ha sido un perfecto salto al vacío.

Ah tus caderas vibrantes tensadas entre mi cuerpo como el miedo intuitivo de un acróbata ciego.

Este largo amor nos mantuvo despiertos

como una espera que no da tregua alguna

semejante a un soneto que repica y refulge al mismo tiempo

y que cedió sus pausas a los puntos suspensivos

que sueltan los cabellos de tu imaginación.

Nuestro buen amor

tiene el sabor de la piel recién lavada.

Ahora te miro

con ese mismo asombro antiguo del que escribió el poeta.

No te recuerdo como hace unos instantes, en esta misma alcoba donde en su hora más umbría,

te presentabas ante mí más nítida que un mediodía de enero

y donde impacientes y urgidos nos acometíamos tensos y sobrecogidos como dos duelistas,

sin más motivos que esta impaciencia por tocarnos,

sin más armas que

nuestra piel sudorosa y febril...».

Si al leer estos versos, el lector percibe un sabor (un saber) a ya visto, a tema (re)conocido, esto no es más que una característica moderna de la poesía erótica–amorosa. Son viejos temas, ancianos tópicos que se renuevan gracias al sentir particular de cada ser, de cada forma de asumir la mimesis del encuentro de los cuerpos. Y Ñaupari ha acertado muchas veces en la renovación de estos temas clásicos en su *Rosa de los vientos*.

En su poema «Amor en música», un verdadero grande de la lírica amorosa, Luis Cernuda, define en un sobrio cuarteto el tema erótico–amoroso en poesía:

*«Aunque el tema sea el mismo,
cada amor tiene su aire,
que con tantas variaciones
difiere y a nuevo sabe».*

Ñaupari parece haber estudiado, como un obsesivo, una y otra vez esta enseñanza. De otra forma no podríamos explicarnos el éxito –para hablar en términos profanos– que ha logrado al escribir el mejor poemario erótico–amoroso de las dos últimas décadas en el Perú. Y todo «con ese mismo asombro antiguo del que escribió el poeta».

El poeta, ese libertino cuya religión es la poesía. O ese religioso cuya deidad es la palabra, y cuyo ritual es la escritura y la consumación del amor en el tálamo real y en el de lo imaginario. Allí donde moran la rosa de los vientos⁴ y los rosales de una regeneración intemporal más allá y más acá de los cuerpos.

Victor Coral

Chaclacayo, a 4 de junio de 2006.

⁴ La rosa de los vientos es un producto intelectual asimilado tradicionalmente al simbolismo de la rueda y por extensión al eterno retorno del placer sensorial y espiritual. La rosa, en términos generales, es símbolo de regeneración, estrechamente emparentada, entonces, con el erotismo y la poesía.

*Y caer, cumplidor, sobre el odre
y ajustar el vientre sobre el vientre
y los muslos encima de los muslos*

ARQUÍLOCO, Cumplidor, VI

*Nada me retuvo. Me liberé y me fui.
Hacia placeres que estaban
tanto en la realidad como en mi ser,
a través de la noche iluminada.
y bebí un vino fuerte, como
solo los audaces beben el placer.*

KONSTANTINO KAVAFIS, Fui

*Recorrer un cuerpo en su extensión de vela
es dar la vuelta al mundo
atravesar sin brújula la rosa de los vientos
islas golfos penínsulas diques de aguas embravecidas
no es tarea fácil –si placentera–
no creas hacerlo en un día o noche de sábanas explayadas
hay secretos en los poros para llenar muchas lunas*

GIOCONDA BELLI, Pequeñas lecciones de erotismo, I

A Katherina, deliciosa y paciente musa.

Tramuntana

POÉTICA

¿PUEDES enumerar las cosas sedientas y febriles que contiene
tu alma?

Sostenlas levemente como lo harías con la enigmática corola de
la gardenia o las menguantes sílabas que componen tu nombre.

Si lo haces, dales la forma insurrecta del poema, la vertebrada
columna de la escultura,

el pálido alhelí de la pintura
las notas irredentas de la sinfonía.

Pero no tengas miedo si descubres que ellas existen

se rebelan

marchan como una gran muchedumbre hacia ti.

No temas si toman la crisálida forma de un caballo,

el potro salvaje de la noche,

o la del tigre de bengala que alguna vez fue ejércitos.

Y cabalga, cabalga en ellas hacia el oasis de tu corazón,

sigue la ruta súbita de tus arterias,

refléjate en los ojos de la fiera,

para que llegues ebria al recóndito jardín de tus silencios.

BREVE IMPRESIÓN DE SALAMANCA

APARECES invicta en las mesetas.

Ni siquiera la helada pedregosa ciega a quien te observa.

Tampoco la brisa

que parece quebrar el espacio

que crean tus calles discretas

invadiéndolo todo, como un amor encontrado tras décadas de dolorosa búsqueda.

Y es que de tanto escuchar los pasos de las corrientes atormentadas en tus puentes centenarios,

de tanto proseguir con el filoso repaso de las páginas de libros y volúmenes,

de tanto saber acumulado que desafía al polvo y al olvido,

tú misma, urbe cenital, no te has abandonado a la humedad

que reverdece en la piedra de tus edificios infinitos,

ni a la perturbación de las mareas

que traen exiliados y náufragos de lejanos confines,

y solo te ves transida de calma entre ellos,

como un tornado contenido en una bóveda de cristal.

ANTIGUA, ESCOMBROS Y TROMBAS

*Quando llueve ¿dónde están los dioses?
¿se dirá que hacen brotar el agua de los cántaros,
qué sueltan los torrentes?*

DYLAN THOMAS, Se dirá los dioses cascan las nubes.

HEMOS llegado a la ciudad de los antiguos escombros y las trombas implacables,

nos invaden las flores raras que crecen en los recodos de las piedras blancas que fueron hace mucho bóvedas y naves,

y también nos envuelve una especie de indulgencia que transmuta el milagroso aguacero que habita entre nosotros en una niebla de verano

este paraje de catedrales devastadas y densos nubarrones se ha vuelto nuestra patria personal.

No la buscamos, se descubrió ante nosotros como dos amantes que se toman por sorpresa.

Y era tal como la imaginamos,

una diócesis donde la agonía se detuvo apenas un instante, y la dejó desconsolada luego de estremecerla.

Nos cobijamos en el ruinoso altar del ángel para besarnos

sin vernos

saltamos hacia sus columnas rotas por los cataclismos,

para que nos abrace la garúa que crepita sin apremio hacia el
extravío.

Y allí te habito espléndida

súbitamente me entrego a ti, resistiéndome, como los últimos
días del invierno no se someten a la primavera que inevitable
nace

hasta que son vencidos,

y así con tus piernas entrelazadas como una guirnalda de
siemprevivas entre mi cintura y mi espalda salimos a las calles

nos ven las vacías cuencas de los santos enmohecidos de estas
iglesias

despojadas de sus córneas e irises

por el celo devastador de una naturaleza apasionada,

la misma naturaleza que poseyó su humana arquitectura en un delirio desesperado y magnífico, proyectado en tus ojos inéditos

entonces atrapamos este momento tal como Nabokov sus mariposas

para retenerlo en los labios la memoria y esta ciudad que sediciosa nos oculta.

METÁFORA

*Miro hacia ti un instante y de mi voz
ni un hilo ya me acude*

SAFO, La pasión.

HUBO un día de invierno en París

donde

la lluvia giraba en torno a mí

Ese día eres tú.

Levante

OTRO CANTO A MÍ MISMO

COMO una brizna de arcilla en el aire

o una piedra pedernal que al golpear despierta al brusco fuego,

así sobrevivo,

oculto en esta inmensa barraca de esclavos.

A veces extendiendo mis grandes alas.

Me elevo y vuelo entre los edificios.

Me siento tan único e irrepetible.

Y luego estallo en poderosos orgasmos

que brotan en flor de cada uno de mis poros,

sacudo de mi cuerpo el semen predilecto

fecundo el aire

que procrea conmigo a los céfiros las siniestras ventiscas
y las alucinadas tormentas.

Y dentro y fuera de mí existe la anarquía.

Es una bella fruta que mastico despacio

el espléndido dardo que encordo entre mis brazos y paraliza mi
perfidia.

Ahora recuerdo.

OFRENDA

HAS prevalecido entre mis frágiles días como ese mausoleo que venciera al tiempo en cada uno de sus límites.

He de recompensar tu persistencia con dos lámparas para ofrendarte:

en una he recogido la ventisca intacta de las selvas

y en otra he robado el cierzo melancólico del norte,

ese que siempre me pediste.

También traigo desde mi acantilado corazón dalias y antorchas

dátiles y azucenas,

y una implacable promesa:

permanecer siempre en ti entre las ruinas de la capital que quisimos

para nosotros

y que no desaparecieron.

¿Qué dirás entonces?

¿Me mostrarás acaso esa indefensa desnudez que protegía cuando
soñabas con soldados y fantasmas?

Entonces veo tus vestidos deslizarse de ti

como el vino de una copa desbordada,

y en el deleite de tus pezones seducidos por esta boca mía que los
profana, escondida e interminable

da comienzo

este amor inclemente y enardecido que es el nuestro.

ALBA QUE VENCE LAS SOMBRAS

*Qué oscuro es el borde de la luz
donde ya nada
reaparece.*

JOSÉ ÁNGEL VALENTE, Límite.

CUANDO en tierras lejanas es el alba
aquí todavía se extienden las tinieblas.

Algunas veces es una noche que el sigilo de los canarios y el aura
del poniente hacen perfecta.

Otras, es un atardecer, cuando el devenir maléfico de las celliscas
estalla sin cesar en los alféizares

exhalando miedo y
tribulación.

Esa estrella que veo absorto

¿será vista por otros ojos cuando allí llegue ella a cubrir el cielo
con su manto?

En ese instante te compartirán las sombras.

Las convertiremos en una hebra de media luz

que se deshila como una ola

que nace y llega inagotable a la
costa.

Nadie te ha descubierto,

a pesar de que abundas como las piedrecillas en las playas
desiertas.

Solo yo poseo tus secretos.

No son insondables ni atardecen como las pesadillas de Odiseo

al estar lejos de su hogar.

¡Oh! ¡Neblinas! Cómo te acarician.

Yo las llamo y te saludan como una seda viva que nace de ti. Y
que parte de ti como un eclipse enamorado. Ahora duermes.

Y yo soy en tu evocación un cordel agotado por los destierros
sucesivos. Me usaron para llevar exiliados cadáveres a sus
tumbas de aire.

Pero, reposada en mi hombro, duermes a pesar de mi respiración inconstante.

¿Sabes qué fantasía se apodera de ti?

¿acaso la de un pez resplandeciente, cuya aleta brilla en el estío de sus antepasados?

¿o la del copista anhelante, que respira apenas antes de leer y reescribir la frase sutil o el párrafo ingenioso?

Las resinas resoplan y vierten sus mágicos humos en la habitación. Casi te hacen existir.

En este momento viajas a mi lado. Intentas sonreír, pero el pesado manto de velos que visten tus labios te lo impide.

Tus sueños se reproducen en mí

son los besos que sorprendida me brindaste

hasta el amanecer.

Las sombras han huido.

Tus ojos se abren: geranios universales, tulipanes ópalos. Se mecen y nos vigilan. Entonces me besas, y la belleza es el espacio de la memoria donde naces.

¿Quién combatirá a los demonios que invaden las altas puertas de tu ausencia?

Armado apenas con un puñal, voy a vencerlos.

Poniente

LETANÍA

EN esta heredad negra y transida por las estampidas sucesivas te
invoco,
como la niebla enfebrecida por las primeras estaciones
hasta su gota última.

Entonces recuerdo el íntimo roce de tus hombros

y la cálida brizna de tus dedos crispados en mis muslos.

Terminó el festín: carnes y especias dispersas en tu espalda que
cogí inesperado con mi lengua.

Te he perseguido en mi propio rostro surcado por el láudano.

Ansiaba verte con el ojo izquierdo del corazón.

¿Porqué extraviarte en otros para tenerme?

Nadie como tú desnudaba mis versos, como yo mismo me deshacía
de tu blusa o tu pasado

y así llegábamos al amor como el primer rumor del ruido que se prolonga hasta ser el acorde sostenido y lívido que ahuyenta al silencio fugitivo e indemne.

En la mesa servida apartaba con violencia los platos y los vasos para morir en el sabor salado de tus paladares incógnitos y renacer en el aliento benigno que brotaba de tus labios.

Mi cuello era en esa fría hora la tierra nueva el territorio agreste que tus pies hollaban immaculados.

Hoy sin embargo todo es ceniza
una sed inagotable
un laberinto de tinieblas.

NO ME DIGAS QUE LAS NOCHES...

*Y ella es apenas una voz entre los brazos platónicos,
una invisible oscuridad abrazada a la profundidad
negra,
atravesada por la pasión de la densa tiniebla*

D. H. LAWRENCE, Gencianas bávaras.

...SON figurillas chinescas que nos confunden

no me repitas esa invocación a limitarme

no llegues tarde que desespero, me dices y me pides medida
horarios tiempos en serie

que ruedan como los engranajes de un antiguo reloj

no desconectes los teléfonos o iré a buscarte me adviertes lloras
recurras a los viejos estratagemas

no me dejas replicar ni pronunciar una oración

Salva a tu siervo Señor de la monotonía de estas mañanas

levantarse correr beber el té y despedirse rápido nos deja el bus
que nos llevará al puerto –allí hace todavía más frío–

viejas y brumosas canciones astillan el silencio que ansío

harto estoy de ver los rostros sin vida de los funcionarios que me devuelven cínicos mi propio rostro y entonces quiero

volver a ser la fiera enloquecida por la carne que todavía palpita en sus entrañas

sentir el pánico escénico del vocalista frente a la multitud

beber mi sudor helado como las cervezas de mi juventud tan lejana en estos días

camino como un preso sin nombre en la Isla del Diablo no hay acantilados que saltar ni cernícalos grises agonizando en las zarzas

qué más puedo decirte, hoy también llego temprano amor ¿hay comida en la casa?

¿cómo está la bebe?

pregunto y pienso ser un clavadista que temerario salta hacia un mar encrespado

–los suicidas siempre saben hacia dónde van–

mañana compraré el pasaje.

TEMPESTAD

APARECE la tempestad,
remota y rotunda
como un miedo primario

azotándolo todo como una venganza cumplida

que marcha melancólica hacia el olvido.

Sus ráfagas dispersan tu nombre al infinito

como si haciéndolo,

te escuchara a ti misma presa de un inusitado dolor.

Cubro mi garganta con densas telas para impedir que ella cale
en mis huesos y en mis cuerdas vocales.

Y en eso la tempestad vuelve.

Duras y eléctricas borrascas como pedruscos impertérritos
cayendo sobre mí y sobre mi velero.

Soportar este castigo es apenas una leve condena ahora que no te llevo dentro y nunca sé donde estoy.

Tan solo en las estrellas leo briznas de mi destino,

en tristes formatos,

cada vez más cerca de la incertidumbre

y cada vez más lejos de tu
rostro,

tu profunda sonrisa,

tu mirada que humaniza y pervierte.

Pero ahora eres el vendaval y yo me vuelvo a ti.

¿Por qué haces esto?

No pienses que tu helada furia me traerá de nuevo hacia nuestra casa.

Si acaso imaginas que las altas olas que invocas,

ese enardecido viento que soplas y me arranca la piel en imperfectas tiras,

o tus gritos torrentes que atraviesan mi cuero cabelludo me harán volver,

estás equivocada.

Soy una hogaza de tierra volcánica sujeta al capricho de los dioses.

¿Podrás tú más que ellos?

Si al menos pudieras indicarme el camino.

Abre los cielos y muéstrame la noche clara y fulgurante como tu risa,

cuando te tomaba colmado entre las sillas de nuestra sala.

Pero en tu furia delirante solo hay abigarrados temporales

como los tensos músculos de los atletas.

Cuando ellos estallan en el aire, te sigo.

SI HE DE DEJARTE LOS LIBROS EN SUS ANAQUELES

*Mi memoria quedó tal vez en ti
como las ediciones vespertinas
en las bancas de los parques desahuciadas*

FRANCISCO BENDEZÚ, Twilight.

SI he de dejarte los libros en sus anaqueles y la mesa con distraídos
lápices

entenderás que partiré sin dejar cartas ni esquelas

apenas una nota singular y disímil,

no la entregues a mis padres, porque no se sostendrán en la
desolación que comparten en esa inmensa casa que hice para ellos

aún no terminada

ni tampoco a mis hermanos, son un cruce de oscuros caminos

infestados de salteadores

en realidad es para ti.

Cuida de las vasijas y las fotografías, de esos pasivos adornos de
porcelana o madera sin más valor que la extraviada mirada con la
que nos veían,

los grabados y las acuarelas que se transparentan en tu alma y van
a ti lóbregos y sabias,

no llores
no te quiebres

este solo es un viaje más

Berlín

Dakar

Salamanca

París

Bayona

itinerarios infelices e inseguros si no tienen tus manos umbrales
posadas en mis bastos antebrazos

ni tus ojos vívidos que evocan los albatros que nos persiguieron
en aquel puerto

o los palimpsestos donde mi sádica historia está escrita sobre tus
calmadas memorias,

ten en cuenta que el frenesí de esas ciudades la distante soledad
de sus aeropuertos ese despertarme sin ti en amplias y blancas
habitaciones todo es una tenebrosa carrera con un solo destino tu
cuerpo de incienso y nomeolvides

dejaré las maletas tiradas por la sala para desgarrar tus ropas como
el oso la suave corza del antílope que lo enfrenta,

dispersaré todos los regalos por la alfombra como un hurto
descubierto y en la mesa tú y yo persiguiéndonos acongojados,

vengándonos de las millas que nos distanciaron,

recobramos así el sabor soñado de nuestros cuerpos esa desatada
piedad de encontrarnos desnudos en la misma cama donde
dormimos.

Austro

SÚBITO

SÉ que te habrás despertado de un largo sueño.

En él era una sombra vigilante
como la de un árbol que también te sueña.

Será ese árbol ahora un mástil

que guía tu velero en un mar nunca embravecido pero tampoco
apacible un océano de olas como murmuraciones donde cada gota
es mi cuerpo que te mece de un lado a otro

como en la cama donde eres ab initio un lirio y en el amor una
pantera hambrienta

y yo lejos de ser un cazador soy un ciervo devorado entre tus
brazos blancos como un trozo de hielo primigenio

en los que me deslizo levemente como si no tuviera peso.

Soy en ti apenas un vahído, un rayo de sol que intenta tímidamente
derretirte,

y transformarte en agua lívida,

amor

líquido ávido que se agita desde las montañas

y no cede, sino que cae y cae y cae

hasta llegar al río cuyo cauce soy yo una vez más cariño mío
y en mi furia que te azota y te ahoga
te abandonas,

apenas arropada por los gemidos que corren desde tu boca hacia
la mía
como cuando estamos en el amor

y en el amor somos otra vez uno,

uno como el sol que se hace del mar elevando su temperatura
para crear las nubes,

esas nubes eres tú, a veces cúmulos y a veces cirros

y yo soy el cielo libre azul que trémulo te sostiene siempre

como ahora te sostengo al borde de la cama

y elevo tus piernas lamo tus rodillas tu entrepierna
tus muslos

aprieto suavemente los tendones de tus pies

y tú te electrizas, eres una lluvia con relámpagos sobre mi cuerpo

y yo soy la tierra fértil amor mío

crecen la hierba y los árboles y los pájaros y los gatos salvajes que
te ven con ojos lánguidos caer, caer, caer,

caes como una muñeca de porcelana entre las sábanas de la niña
que eres tú una vez más, amor,

caes como tus propios pechos sobre el mío,

tus piernas devorando mis pulmones

te amo tanto cuando quieres absorberme totalmente,

dejarme sin un hilo de respiración,

para tejerla de nuevo con tus besos, amor mío,

besos en mi rostro, en mis labios, en mis axilas

y luego te elevas como la vela de un velero

o el más alto edificio de la ciudad

y yo te recorro en todas tus calles,

las más recónditas

las más luminosas

las más oscuras

porque la metrópoli eres tú y yo soy un náufrago perdido

Malcolm Lowry danzando en el volcán de tu cuerpo, embriagado
de ti más que del tequila inverosímil

Paul Gauguin pintándote, salvaje y elemental como eres,

sacerdotisa de las islas de la Polinesia Francesa,

o este tímido poeta,

que te recrea y te describe y te fantasea y se inspira contigo en la
cama como en este poema.

CUANDO TODOS DUERMEN

*lávame en la candente ceniza de tu cuerpo,
vierte tu dolorosa palidez en mis manos,
y antes que el crepúsculo descienda de los bosques
a tenderse en la arena como un lagarto acuchillado,
desgárrate los muslos con mi flecha de seda*

CÉSAR CALVO, Ausencias y Retardos, III.

EN ese instante en que todos duermen
en ese minuto que convierto en un tiempo detenido para
poseerte
voy al departamento estoy a tu encuentro
y allí estás
furioso incendio que me envuelve
te despojo sin pausa de las bragas que te apresan
mis manos son ruiñeños que te desnudan en tu bosque
espesura
tu piel es el sol que me alimenta
y en tu nostalgia
soy un barco a la deriva abandonado
entre tus piernas como olas

y nada me detiene
y nada te detiene

entonces me tiendes sobre el mueble
y soy la presa cogida en la yugular del deseo
arañas rasgas te abres camino con tus fauces plenas hacia mi
carne viva

sangro y te deseo

me transformo
en la víctima propiciatoria

el alarido que no cesa

y nada te detiene
y nada me detiene

pues soy el fauno que te tensa como un arco
y soy también la flecha que perversa
se hunde en ese rincón tuyo suave y secreto inesperadamente
ese aroma arcano que solo tú y yo conocemos lo invade todo

las olas el arco tenso de tus muslos mi piel en carne viva

y nada nos detiene

no nos importa el futuro o los amantes que poseímos o que nos
poseyeron

solo tus talones en mi espalda espoleándome

solo tu sudor que me traspasa y se evapora y es luego el rocío
que se empoza debajo de tus pechos y en tus caderas

solo el grito entrecortado enhiesto audible apenas ahogado por
nuestras lenguas serpientes que ferozmente se devoran

solo tus manos esforzándome a darte más de mí

solo este tiempo intenso como el último minuto de la noche

en que más unidos que nunca nos abandonamos

y huyes de mí y yo de ti

y nada nos detiene.

GOLPEAS TU CABELLO MOJADO
EN MIS MEJILLAS

*Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;
miel y leche hay debajo de tu lengua*

SALOMÓN, Cantar de los Cantares, 4,11.

GOLPEAS tu cabello mojado en mis mejillas
lentamente te sientas en mi entrepierna,

me haces tuyo.

No sé qué decir, solo veo tu rostro endurecerse, saboreo tu lengua
de extremo a extremo como una fruta fresca para calmar esta
imperdonable sed de ti.

Como ahora que me ciñes en tu inquietud descalza,
eres la pera dulce que voy devorando en su humedad perfecta,
entonces soy un verso en tus labios.

Me dices:

«Eres un lobo sorteando las estepas escapando de insomnes
cazadores. Ahora vienes hacia mí, tu madriguera indemne y
cálida».

Ese verso define mi vida descubriéndola ante ti.

Isabel,

me haces tuyo.

Tus manos son cuchillas cortando suavemente mi piel

posas tus labios en mis heridas febriles

bebes te alimentas de mí

mi carne se deshace en tu boca.

Ahora en el amor tu gemido irrepetible

es una canción que crea para sí misma sus notas

como la luz solar el mediodía, y que se parece a la mirada de la
noche

despojada de estrellas.

Me haces tuyo.

VAMOS

VAMOS.

Dame algo con que empezar.

Uno de tus labios.

Tu omóplato desnudo que muerdo suavemente.

Así.

Poco a poco no tengas prisa.

Date vuelta lentamente.

O mejor no.

Haz como si nadaras.

Imagínate como el agua en la que te sumerges.

Vamos.

Ya la niña está dormida.

Eso. Vuélvete sin rapidez alguna.

Estira los brazos.

Que tus pantorrillas bordeen mi cuerpo.

Evoca nuestros primeros encuentros.

Mucho mejor.

Que mi lengua sea el hielo de un largo trago en tu boca.

Sostenla.

Muérdeme los labios.

Déjame ir a tus caderas.

Coloca tus piernas en mi pecho
como si tocaras el suelo luego de un gran salto.

Elévame ahora hasta tu rostro.
Casi te oigo decir que me amas.
Haz como si miraras al cielo desde la ventana de un rascacielos.
Muy bien.
Deja tus tobillos en mis manos.
Mírame fija y perversamente.
Extiende tus piernas como una marea infinita.
Sigue así. Tensa.
Continúa junto a mí.
Al mismo ritmo.
Vamos al mismo acorde.
Abandónate.
Eso haremos no lo cuentes a nadie.
No esperes a los invitados.
Será un parte efímero sellado con la cera violeta de tus labios.

ELOGIO DEL BUEN AMOR

*....puesto que yo soy eso,
yo soy lo que el murmullo de aquellos bebederos
me dejó en el oído, soy el rico sabor
que entregó el bello fruto, una vez, a mis labios...*

RAINER MARIA RILKE, A la esperada.

AÚN no llega la hora plena de claridad y te veo estremecida en
una esquina de la cama.

La alcoba a oscuras nos traiciona y muestra el caos en que fuimos
marinos a la deriva,

enloquecidos cálices de crisantemos dorados arrebatados por el
goce de los colibríes.

Las sábanas se diluyen en tu cuerpo de gladiolos, tus nalgas
conservan el carmesí de nuestros secretos alegatos.

Nuestro buen amor

ha sido un perfecto salto al vacío.

Ah tus caderas vibrantes tensadas entre mi cuerpo como el miedo
intuitivo de un acróbata ciego.

Este largo amor nos mantuvo despiertos
como una espera que no da tregua alguna

semejante a un soneto que repica y refulge al mismo tiempo

y que cedió sus pausas a los puntos suspensivos

que sueltan los cabellos de tu imaginación.

Nuestro buen amor

tiene el sabor de la piel recién lavada.

Ahora te miro
con ese mismo asombro antiguo del que escribió el poeta.

No te recuerdo como hace un instante, en esta misma alcoba donde
en su hora más umbría,

te presentabas ante mí más nítida que un mediodía de enero

y donde impacientes y urgidos nos acometíamos tensos y
sobrecogidos como dos duelistas,

sin más motivos que esta impaciencia por tocarnos,

sin más armas que

nuestra piel sudorosa y febril,

nuestra piel anhelante

como una adolescente que se toca desnuda por vez primera,

viniendo a mí

sin más dote que tu furor por cabalgar embelesada en mi cuerpo y
sostenerte en mi pecho sorprendido por el feroz arrebató de tus
manos, devorado por el clavel tinto de tu boca

suplicante de ti como un viejo vigía desterrado del mar

en ese instante

en que por fin la luz te toca y me llamas.

CUANDO ENCALLÉ EN EL SUEÑO

*Cierra los ojos y a oscuras piérdete
bajo el follaje rojo de tus párpados.*

OCTAVIO PAZ, Olvido.

CUANDO encallé en el sueño
éramos una serpiente huyendo entre los viejos edificios.

Su árido cuerpo era nuestro cuerpo.
Su erudita lengua era también la nuestra.

Entre sus escamas nos adivinamos cercanos desde hace tantos siglos.

Allí estábamos, siseando, asaltando las aulas que nos fueron negadas.

Negadas como esta ciudad esfinge que secretamente odiamos.

Aulas traspasadas por el polvo descalzo de los años donde devorábamos el palpito de normas y de códigos.

En ellas invadimos las deliciosas caderas de la musa, sobreviviendo al incendio sangriento de su vientre.

De sus paredes nos unimos a los que cercaban al mundo con piedras y lemas que renacían como flores ocres y pérfidas, y entregaban sus labios al fondo crepúsculo de vasos y botellas.

Descubrimos en esta desperdiciada estructura las múltiples variantes del amor: ocultos en el alma de las columnas, atravesando escaleras o latiendo detrás de las rotas ventanas.

A veces embistiéndonos en los envejecidos vórtices del cemento que pretendía atraparnos y buscando reinventar ese reino que nunca quisimos, y que nunca fue nuestro, con gritos desesperados y dolientes como espadas.

¿Lo recuerdas?

Oh cómo te vertías en mis muslos, manantial de agua diáfana.

Cómo se aligeraba tu cuerpo sobre el mío, hasta ser un pétalo de aire o una rama que se dobla sin quebrarse.

Crecimos.

Y no fuimos más una serpiente lánguida
ni ave ni viento ni eco del mar.

Solo un semental sediento y poderoso que extendía sus músculos sobre el viento creándolo con su estela agreste.

En ese instante del sueño me detuve.

Estabas en el mismo mundo
que era para nosotros

el tálamo nupcial que Odiseo y Penélope hicieron con sus manos
y deshicieron con esa misma pasión nocturna y anhelante

conque nos descubrimos.

Ahora has huido del sueño y del mundo.

Te llevas los juncos expuestos de mis manos que definían
originarios la temperatura y consistencia de tus labios.

También las disputas donde nos advertíamos

como amantes irreconciliables, más enamorados que nunca.

Entonces, no seré yo quien descubra tus páramos quebrantos ni
tus desnudas cicatrices.

Tú serás la huella frágil en la hierba iluminada
tan solo la penumbra que te desvela
al nacer el alba.

INQUIETUD

*Amo los astros los amaneceres
las aguas amargas*

JORGE EDUARDO EIELSON, Poemas sin título

¿DE quién son las horas?

Preguntaste.

Las horas son del tiempo, amor mío.

Y el tiempo es la ciudad sumergida en tus sueños
de corceles

verdes oseznos

y espléndidos leones.

Es la única lámpara encendida
la penumbra exacta que necesitan nuestros corazones
ensombrecidos
para distinguirse.

ROSA DE LOS VIENTOS

*Amor, que mi alma ves y me has guiado
por un camino duro e inclemente,
pon la vista en el fondo de mi mente,
donde ves lo que a todos he ocultado.*

FRANCESCO PETRARCA, CLXIII.

EL amor que nos tenemos es un secreto.

No puedo evocarlo en un poema.

Ella podría enterarse, y es lo que no queremos.

No sabe que eres la rosa alucinada que guía mis pasos.

Eres la rosa de todos los vientos, señora de los abismos vertebrados
y unidos a las costas.

Todos estos reinos serán tuyos cuando crezcas.

Entre tanto te llevo en mis hombros y como una ráfaga de
petirrojos me despeinas y te amo.

Esas aves cárdenas y negras te gustan tanto como las palomas y
las jirafas, tanto que recorreremos kilómetros para verlas.

Y te amo más cuando festiva me pides quedarme en la cocina a
oscuras para recibirme antes que a nadie.

Solo tú quieres subir a los trenes cuando cunden las garúas y sorbes
esa agua ligera como tu propio peso al que vuelvo cada noche
cuando te dejo dormida en el cuarto pleno de animales fantásticos

Dragones

Unicornios

Quimeras

Todos velan tu sueño de princesa.

Es justo en esas horas álgidas en que te oigo –la bruma en mi
propia mirada– llamarme, y te llevo a mi propia cama y te cobijo
como los arrecifes ocultan una perla ámbar.

Y te amo porque me he desvelado viéndote y porque ahora vivo
en tránsito hacia un tiempo a contraluz.

Y te amo porque eres mi rosa.

Llévate mi romance como yo guardo tu nombre.

ÍNDICE

ÑAUPARI: POESÍA EN DOBLE LLAMA	9
Prólogo de Víctor Coral	
TRAMUNTANA	21
Poética	23
Breve impresión de Salamanca	25
Antigua, escombros y trombas	27
Metáfora	30
LEVANTE	31
Otro canto a mí mismo	33
Ofrenda	35
Alba que vence las sombras	37
PONIENTE	41
Letanía	43
No me digas que las noches son...	45
Tempestad	47
Si he de dejarte los libros en sus anaqueles	50
AUSTRO	53
Súbito	55
Cuando todos duermen	59
Golpeas tu cabello mojado en mis mejillas	62
Vamos	64
Elogio del buen amor	66
Cuando encallé en el sueño	69
Inquietud	72
Rosa de los vientos	73

ROSA DE LOS VIENTOS
se terminó de imprimir en julio de 2006
en los talleres de *Códice ediciones S.A.C.*
Galicia 190, Urb. Higuera, Surco
Telefax: 273 2055
Lima - Perú